

María del Carmen Vázquez Mantecón

*El bisonte de América:
Historia, polémica y leyenda*

México

Universidad Nacional Autónoma de México,
Instituto de Investigaciones Históricas

2013

216 p.

(Serie Historia General, 28)

Mapas.

ISBN 978-607-02-4755-2

Formato: PDF

Publicado en línea: 25 de noviembre de 2015

Disponible en:

<http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/bisonte/america.html>

DR © 2015, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510, México, D. F.



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

1. PRIMEROS TESTIMONIOS SOBRE LAS “VACAS AMERICANAS”

Aparecen en los relatos sobre el fantástico norte

Los primeros hispanos que vieron bisontes americanos, vivos y en su propio hábitat, fueron los sobrevivientes Álvar Núñez Cabeza de Vaca, Alonso del Castillo, Andrés Dorantes de Carranza y el moro Esteban de Dorantes. En la relación del primero, conocida como *Naufragios*, se narran los avatares de esa fallida expedición a La Florida comandada por Pánfilo de Narváez entre 1527 y 1536, con todo y el hundimiento de su embarcación, el cautiverio que padecieron, las penurias y las hambres, y también con los sucesos portentosos que tuvieron lugar a lo largo de la marcha emprendida de regreso a la Nueva España, a cuya capital arribaron en el mes de julio de 1536.

Según don Álvar, en esas tierras lejanas –se refería en esa ocasión a Texas– había muchos animales, especialmente venados, aves, y “vacas”. Contó que tres veces las había visto y otras tantas “comido de ellas”. Las describió como del tamaño de las de España, con cuernos pequeños, moriscas, con el pelo muy largo y merino, “unas pardillas y otras negras”. Observó que la gente que encontraron vivía de alimentarse y vestirse de ellas, y como no sabía el gentilicio de esos hombres, los bautizó simplemente como “los de las Vacas”.¹ Los indios, anotó Cabeza de Vaca, les regalaron muchas “mantas y cueros de vacas”, tan útiles para ellos, dijo, para el comercio y la confección de vestidos, zapatos y rodelas.

Narró, asimismo, cómo fueron recibidos en México por el virrey Antonio de Mendoza y por Hernán Cortés, ya titulado Marqués del Valle. Los trataron muy bien, les dieron todo lo que pudieron, y los

¹ Álvar Núñez Cabeza de Vaca, *Naufragios*, Madrid, Alianza Editorial, 1985, p. 118 y 150. El título original fue *La relación que dio Alvar Núñez Cabeza de Vaca de lo acaecido en las Indias en la armada por donde iba por gobernador Pánfilo de Narváez. Desde el año de veinte y siete y hasta el año de treinta y seis que volvió a Sevilla con tres de su compañía*, Zamora, 1542.

invitaron a los juegos de cañas y a las corridas de toros, por la fiesta del apóstol Santiago. Los recién llegados hablaban de las grandes riquezas de las tierras que habían visto y el virrey al escucharlos abrigó el proyecto de conquistarlas. Organizó entonces una expedición encabezada por el franciscano Marcos de Niza que llevaba como su guía al moro “Estebanico”. Ellos partieron de la capital a fines del año de 1538, y en el mes de marzo de 1539 de Culiacán rumbo al norte, con el auxilio de 100 indios que se les unieron.

Las legendarias Cibola y Quivira y las asombrosas “vacas de los llanos”

Marcos de Niza escribió una imaginativa *Relación*, que entregó al virrey de Mendoza en septiembre de 1539, al regreso apresurado de su expedición norteña. Para él, las pieles de “vaca” que veía sin cesar a su paso, más las turquesas que también sobraban, eran sinónimo de la opulencia y “de la mucha pulcía” de las gentes que vivían en siete ciudades más al norte, una de las cuales él oyó nombrar como Cibola,² y de la que le contaron muchas maravillas. La sola mención de ese número de asentamientos llenos de riquezas, evocaba a la mentalidad española del siglo XVI, imágenes que provenían de una leyenda medieval sobre siete ciudades de oro que habían sido fundadas por sendos obispos portugueses y que se buscaban afanosamente desde entonces por marinos, aventureros, descubridores, conquistadores, geógrafos y poderosos políticos. El relato fabuloso de fray Marcos, los hizo creer que estaban ubicadas en el Septentrión de América.³

Contó Marcos de Niza, a propósito de su expedición, que él se detuvo en Vacapa (Sonora), mandando por delante a su guía “Estebanico” quien le enviaba con sus mensajeros noticias y “cueros bien labrados”. Una de esas nuevas decía que en esa provincia había siete ciudades enormes gobernadas por un señor, con gentes muy bien vestidas y con casas grandes hechas de cal y piedra, de dos y tres pisos, con gran abundancia de “labores de piedras turquesas”

² Le hablaban de “Shi-wo-na”, territorio que ocupaban los Zuñi.

³ La bibliografía sobre la leyenda medieval de las siete ciudades de oro es muy abundante. Aquí me limito a citar un ejemplo de lo que se creía sobre ellas en el siglo XVI: Bartolomé de las Casas, *Historia de las Indias*, Venezuela, Biblioteca de Ayacucho, Impreso en España, 1986, p. 70.

en las portadas principales. Según él, le mostraron también la piel de un animal que poseía “un sólo cuerno” y pensar en esto y en todas las demás primicias lo decidieron finalmente a alcanzar a su guía. Cuando ya se encontraba muy cerca supo la triste y perpleja noticia de que Esteban y sus hombres habían sido apresados al entrar a Cíbola y que el primero había muerto flechado.

Fray Marcos se contentó entonces con ver de lejos la ciudad, y aseguró que, a su modo de pensar, “era la mayor y mejor de todas las descubiertas”. Dijo que cuando comentó esto con los indios principales que se encontraban en su compañía, ellos le dijeron que esa era “la menor de las siete ciudades y que Totontec era mucho mayor y mejor con tantas casas y gente, que no tiene cabo”.⁴ Refirió, asimismo, que aunque dudó sobre si debía acercarse y entrar a la ciudad, decidió finalmente no hacerlo, porque si moría, nadie daría cuenta al virrey de lo descubierto. Nombró aquella tierra de San Francisco, hizo un mojón de piedras en nombre de Antonio de Mendoza, “en señal de posesión”, y regresó como él mismo dijo, “con más temor que comida”, a dar pormenores de lo visto y oído.



El virrey no tardó en organizar una expedición más ambiciosa (1540-1542) por mar y tierra, al mando de Francisco Vázquez de Coronado, quien con muchos caballos, más de 300 españoles –entre los que iban algunos franciscanos–, cerca de 1 000 indios nativos, algunos esclavos negros y bastantes cabezas de ganado vacuno, partieron en 1540 en la búsqueda de las que llamaron desde entonces “Siete Ciudades de Cíbola”, para someterlas a los dominios de Carlos V.⁵ Sabido es que no las encontraron y, por lo tanto ni el oro y la

⁴ Marcos de Niza, *Relación*, en Julio César Montané, *Por los senderos de la quimera. El viaje de Fray Marcos de Niza*, Sonora, Instituto Sonorense de Cultura, 1995, p. 84 a 96. Tomada de *Colección de Documentos inéditos relativos al descubrimiento, conquista y organización de las antiguas posesiones españolas en América y Oceanía, sacados de los archivos del Reino y muy especialmente del de Indias*, Madrid, 1866, t. III, p. 325-351.

⁵ Además de la leyenda medieval, se ha dicho que en aquel imaginario que creyó en las Siete Ciudades de Cíbola jugó también un papel muy importante la historia del origen de los mexicanos, provenientes de Chicomoctoc, “el lugar de las siete cuevas”, sugiriendo por ello el historiador León Portilla que se trató de un mito que era “medieval, español e indígena”.

plata que buscaban, y que la expedición fue un fracaso, pero para el objeto de este escrito se trató de una travesía muy importante, ya que se alimentaron con la carne de “las vacas”, y algunos de sus miembros dejaron valioso testimonio escrito sobre ellas, a las que vieron por cientos de miles en todos sus trayectos. Igualmente, se dedicaron con mucho afán a buscar el rico “reino de Quivira”, a partir de la información que les dio un habitante de aquellos lugares,⁶ pero que, junto con las siete ciudades, tampoco entonces ni después hallaron. A pesar de todo, las ciudades de Cíbola y Quivira empezaron a ser registradas, por un lado por la cartografía europea que, desde el mismo siglo XVI, daba cuenta, a su manera, de la nueva geografía de la Tierra, y por el otro, por la historiografía europea y novohispana que habló del Nuevo Mundo.



Hernando de Alarcón fue de los que hicieron esa expedición de 1540 por mar. Partió de Acapulco, navegó por el golfo de California y entró en el río Colorado, y aunque no pudo ver a las “vacas” sí preguntó a los indios por las ciudades de Cíbola. Dejó testimonio de ello en una *Relación* que hizo en ese mismo año,⁷ en donde mencionó inevitablemente los “cueros de vacas”, así como a la ciudad de “Cévola” y a sus gentes. Entre los expedicionarios que escribieron sobre esos animales –para ellos asombrosos– destaca un relato anónimo que al ser publicado en 1541 en la ciudad de México⁸ alcanzó buena difusión y siguió alimentando imaginarios exaltados.

Miguel León Portilla, “En el mito y en la historia: de Tamoanchan a las Siete Ciudades”, *Arqueología mexicana*, v. XII, n. 67, mayo-junio de 2004.

⁶ Son muchos los historiadores contemporáneos que sitúan la hipotética Quivira en el territorio del actual estado de Kansas, USA. Sobre el origen de la voz Quivira nos dice Juan Carlos García Regalado en su libro *Tierras de Coronado*, Barcelona, Abraxas, 2000, p. 220, que no se sabe muy bien de donde procede. Podría ser “una errónea interpretación de una palabra indígena”, o, que también pudo haber sido creada por los españoles. Cita al respecto al estadounidense Marc Simmons, quien apuntó que pudo derivarse de la frase de Coronado “quien vivirá verá”, recortada por sus soldados en “quien vivirá” y luego como “qui’vivirá”.

⁷ Hernando de Alarcón, *Relación*, en Julio César Montané Martí, *Los indios de todo se maravillaban: La Relación de Hernando de Alarcón*, México, El Colegio de Jalisco, 2004.

⁸ Esto lo afirma Henry R. Wagner, *The Spanish South West, 1542-1794*, New York, Arno Press, 1967, v. 1, p. 108.

Su autor contó que a cuatro jornadas del pueblo de Cíbola se toparon con una tierra “llana como la mar, con tanta multitud de vacas, que no tenían número”. Le parecía que semejaban a las de Castilla, aunque había algunas de mayor tamaño. Las describió con una corva pequeña en la cruz y “más bermejas que tiraban a negro”, con una lana más larga que un palmo que les colgaba entre los cuernos, orejas y barba. Dijo que por las espaldas y abajo de la papada tenían pelo parecido a crines y que en el resto del cuerpo estaban cubiertos por una lana pequeña a modo de merino. En cuanto a su carne, señaló que era muy buena y tierna, y con respecto al sebo apuntó que tenían mucho. Quedó absorto al constatar que los indios no sembraban ni recogían maíz, por lo que su mantenimiento provenía todo de las “vacas”.⁹ Esta relación fue reproducida por fray Toribio de Motolinía en su obra *Memoriales*,¹⁰ cuya redacción terminó el franciscano en ese mismo 1541.

También dio su versión el capitán Juan Jaramillo. Escribió que entraron a los llanos y que durante cuatro o cinco días no vieron “vacas”, pero a la quinta jornada se toparon con una enorme suma de “toros” a los que siguieron por un par de días. Estos los llevaron a encontrarse “con una grandísima cantidad de vacas, becerros y toros, todo revuelto”. Mencionó que hallaron también indios llamados querechos, “los de las casas de azotea”, que cazaban entre esas manadas y que dependían a tal grado de ellas “que todo su menester humano era de las vacas”, porque de ellas comían, vestían y calzaban.¹¹ Por su parte, el cronista de la expedición, Pedro de Castañeda, se admiró como todos al ver a lo largo de cuarenta leguas “tanto número [de “vacas”] que no hay quien las pueda numerar”. Fue más prolífico aún en su descripción sobre las costumbres de los querechos y tejas en relación con la muerte y el aprovechamiento de cada parte de esos animales.¹²

⁹ Anónimo, *Relación postrera de Cíbola y de más de 400 leguas adelante*, en Carmen de Mora, *Las siete ciudades de Cíbola: textos y testimonios sobre la expedición de Vázquez de Coronado*, Sevilla, Alfar, 1993, p. 349-352.

¹⁰ Ver fray Toribio de Benavente, Motolinía, *Memoriales*, *Manuscrito de la colección de Joaquín García Icazbalceta*, México-París-Madrid, editado por primera vez por Luis García Pimentel en 1903.

¹¹ *Relación hecha por el capitán Juan Jaramillo de la jornada que hizo a la tierra nueva de la que fue general Francisco Vázquez de Coronado*, en Carmen de Mora, *op. cit.*, p. 192.

¹² Pedro de Castañeda, *La Relación de las Jornadas de Cíbola*, en Carmen de Mora, *op. cit.*, p. 127-128. Castañeda redactó su crónica veinte años después de sucedida la marcha al nor-



En el relato del propio Vázquez de Coronado se percibe por primera vez, la incomodidad, el desconcierto y el temor que a varios miembros de la expedición provocaban las “vacas de los llanos”. Cuando por fin las tuvo ante sus ojos yendo de camino a Quivira, le parecieron “la cosa más monstruosa de animales que se ha visto ni leído”. Cada día encontraban más y más y reconoció que las aprovechaban para comer, aunque también tuvieron que adquirir experiencia para matarlas con el permanente riesgo de perder a sus caballos. Dijo que había tantas “que no sé a qué compararlo sino a pescados en la mar”, porque tan cubiertos de “vacas” estaban los campos, que aunque quisieran ir por otro lado, tenían que pasar en medio de ellas. Para él la carne era tan buena como la de las vacas de Castilla, pero no dejó de apuntar que algunos la consideraban mejor. Se refirió asimismo a los “toros”, describiéndolos como animales grandes y bravos y con “malos cuernos”, por las arremetidas contra sus cuacos, de los que bastantes quedaron heridos y otros pocos muertos.¹³

“Vacas” del Nuevo Mundo, imaginadas por los europeos

Casi todos estos informes fueron conocidos en España, al menos por los miembros del Consejo de Indias y sus allegados, sobre todo por los elegidos en esa institución con el cargo de cronistas oficiales. Ese fue el caso de Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés, designado como tal en 1532. Éste, además, había hecho la aventura de Indias desde 1513 a las órdenes de Pedrarias Dávila en Panamá y luego en Santo Domingo. Si bien no conoció el Septentrión novohispano, ni a los bisontes vivos, al hablar de la fauna del Nuevo Mundo, y en concreto de la de aquella región, no pudo omitir la descripción de los que llamó “vacas y toros monteces”, según “le certificaron” los que habían andado por esas tierras.

te. Ese original de 1563 fue copiado en 1596, perdiéndose el primero, por lo que las diferentes ediciones se han hecho a partir de esa copia.

¹³ *Relación del suceso de la jornada que Francisco Vázquez de Coronado hizo en el descubrimiento de Cibola*, en Carmen de Mora, *op. cit.*, p. 184.

En su *Historia General y Natural de las Indias, Islas y Tierra Firme del Mar Océano*, cuya última versión terminó de ser revisada por él en el año de 1555, compara todo el tiempo a los “monteces” con las que llamó “nuestras vacas de España”. Encontró que las vacas de ambos mundos eran iguales en sus colas largas y en sus pezuñas hendidas. Todo lo demás, no serían sino diferencias: las de América eran “mayores reses”, con las cabezas más bajas y con los cuernos puntiagudos “el uno contra el otro”. También divergían en que éstas tenían “los pescuezos muy llenos de lana”, lana que, asimismo, les cubría abajo de la mandíbula, las corvas y “medias piernas abajo”, mientras “en lo restante de sus cueros” su pelo era raso como de “merina espesa”. Detalló el hecho de que los machos americanos tenían una corcova alta sobre los hombros en la cruz o juntura alta, y la curiosa observación de que machos y hembras caminaban “a la par”, como lo haría un “caballo maniatado”.¹⁴



Un autor que nunca vino a América, pero que también se benefició con las historias de testigos y los relatos que se enviaban al Consejo de Indias fue Francisco López de Gómara. Escribió, entre otras obras, una *Historia General de las Indias* publicada por primera vez en 1552, libro que tuvo mucho éxito durante el siglo XVI, en el que alcanzó varias reediciones. Ciertamente que ahí se refirió a las “vacas”, al relatar las expediciones españolas al Septentrión novohispano en las que participaron Cabeza de Vaca, fray Marcos de Niza y Vázquez de Coronado. Con referencia a la primera, hizo alusión a las “vacas de cuerno corto, pelo largo y gentil carne”.¹⁵ Narró lo más relevante

¹⁴ Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés, *Historia General y Natural de las Indias, Biblioteca de autores españoles*, Madrid, Atlas, 1959, t. 1 y 2, v. 117 y 118, p. 55-56. Esta edición está basada en la que publicó Amador de los Ríos entre 1851 y 1855, que dio a conocer por primera vez la historia completa de Fernández de Oviedo: *Historia general y natural de las Indias, cotejada con el códice original, enriquecida con las enmiendas y adiciones del autor e ilustrada con la vida y el juicio de las obras del mismo por José Amador de los Ríos*, Madrid, Real Academia de la Historia, 1851-1855. En el capítulo “La representación europea del bisonte americano”, analizo la imagen que al respecto proporcionó Fernández de Oviedo, dada a conocer en dicha edición de Amador de los Ríos.

¹⁵ Ver el capítulo “La representación europea del bisonte americano”, donde se encuentra el interesante dibujo de la “vaca” proporcionada por Gómara en su recuento sobre el Nuevo Mundo.

de la segunda, mencionando los supuestos oro y turquesas, pero sobre todo los “ganados de lana” que motivaron al virrey a enviar una nueva exploración. Al contar sobre ésta –la de Vázquez de Coronado– amplió más su descripción de esos animales. Los definió como “vacas corcovadas” que llenaban el camino y los llanos y que “fueron un gran remedio para el hambre y la falta de pan que llevaban”.

Cuando delineó el viaje de estos conquistadores a Quivira asoció a las “vacas corcovadas” con esa mítica ciudad y con los pocos pobladores que encontraron en el camino, que eran, según él, los que “guardaban” a dichas vacas, suponiendo este autor que podían ser pastoreadas. Para explicar el nomadismo de los que habitaban a los 40 grados de latitud dijo que “andan en compañías y múdanse como alárabes de una parte a la otra siguiendo a sus bueyes”. Su descripción de estos (o sea, de las “vacas corcovadas”), no es muy diferente de la que se había dado, salvo que para él, eran del mismo tamaño y color que los que también llamó “nuestros toros”. Se detuvo en detallar sus cabezas, de las que dijo que les colgaban por la frente “grandes guedejas” y muchos pelos en el garguero y las varillas, que los hacía parecer con barbas. En pocas palabras, pensaba que eran animales “fieros y muy feos de rostro y cuerpo”, que tenían “algo de león y algo de camello”.¹⁶



Dentro del grupo de cronistas que no pisaron la Nueva España pero que hablaron de las “vacas”, hay que citar también al humanista granadino Bartolomé Barrientos, catedrático de latín en la Universidad de Salamanca. Él escribió en 1568 una crónica sobre la expedición a la Florida de Pedro Méndez de Avilés –que tuvo lugar tres años antes– basado en muchas copias de memoriales, cartas, provisiones, cédulas de Felipe II y también en “relaciones verdaderas”. Dijo que allá “había llanos de muchas leguas llenos de bacas [sic] y toros”, asentando, igual que Gómara, que “no eran tan creci-

¹⁶ Francisco López de Gómara, *Hispania Vitrix. Primera y segunda parte de la Historia General de las Indias*, en *Biblioteca de autores españoles desde la formación del lenguaje hasta nuestros días*, Madrid, Atlas, 1946, t. 1, v. 22, p. 182, 287, 288 y 289.

dos como los de España”, y apuntando escueto, que las “vacas” tenían lana en lugar de pelo.¹⁷

El “toro mexicano” de Francisco Hernández

En pleno renacimiento del naturalismo, la Nueva España proporcionaba un mundo desconocido al conocimiento científico que muy pronto sería divulgado. Felipe II designó en 1570 al galeno Francisco Hernández como “Protomédico e historiador en las Indias Occidentales, islas y tierra firme del mar océano” y lo dotó con más de 50 000 ducados para que llevara a cabo una expedición botánica que tuvo lugar entre los años de 1571 y 1577. Hernández viajó por el territorio novohispano recopilando plantas, flores, animales, granos, semillas, minerales, y toda variedad de indagaciones incluida la farmacopea y su aplicación. Escribió así, a partir del año de 1577, un riquísimo texto en latín, tomando en cuenta sus abundantes anotaciones, informes y dibujos. Redactó un capítulo que tituló “De los toros y vacas de la región de Quivira”, aunque él nunca anduviera en esas lejanas tierras. Contó que al entrar los españoles en aquellos territorios encontraron muchas cosas dignas de admirar, entre ellas manadas de “toros salvajes”, que definió con un cuerpo mediano y bajo, arqueado el lomo, abundantes crines y flecos largos, de color leonado y de carne “no menos sabrosa y saludable que la de las vacas de nuestra tierra”, animales a los que, desde su interés como naturalista, clasificó como “toro mexicano”.¹⁸

Ver o no haber visto jamás a Cíbola y a sus “vacas”

Bernal Díaz del Castillo no pudo dejar de referirse a “las vacas”, especialmente cuando narró las aventuras de fray Marcos de Niza

¹⁷ Bartolomé Barrientos, *Vida y hechos de Pero (sic) Méndez de Avilés. Escrita en 1568. Expedición que envió a La Florida Felipe II en 1565 con instrucción de quemar y ahorcar los franceses luteranos que hallase en ella*, en Genaro García, *Dos antiguas relaciones de La Florida*, México, Tipografía y Litografía de Aguilar, Vera y Compañía, 1902, p. 26. La obra permaneció inédita hasta que García la publicó por primera vez en 1902.

¹⁸ Francisco Hernández, “Historia de los animales de Nueva España”, en *Historia Natural de Nueva España*, México, UNAM, 1959, v. II, p. 313. Ver el capítulo “La representación europea del bisonte americano”, donde se pueden disfrutar algunas imágenes de “toro mexicano” ofrecidas en su historia de la naturaleza novohispana.

en las “tierras de Cíbola”. De hecho, justificó que el fraile hubiera preferido regresar cuando él y sus acompañantes vieron los pueblos y casas con “sobrados” y gentes que subían a ellas “por escaleras”, pero sobre todo, cuando conocieron “los campos tan llanos y llenos de vacas y toros disformes de los nuestros de Castilla”.¹⁹ En la imaginación de Bernal se habían mezclado distintas expediciones al norte y ya no se acordaba de que fray Marcos sólo vio cueros de “vacas” y no manadas, pero lo interesante de su apuntamiento es la desazón que ese asunto le provocaba, ilustrándonos su caso uno de los muchos ejemplos, a propósito de la creencia por parte de no pocos europeos, de que se trataba de animales aberrantes.



Hacia 1581 tuvo lugar una pequeña marcha al territorio que al poco tiempo se nombraría oficialmente el reino de Nuevo México, en la que, por supuesto, hallaron miles y miles de “vacas”. El notario de esa expedición dejó un relato extenso y realista a propósito de ellas y de las costumbres de los indios que las cazaban, y asimismo respecto del comportamiento de los españoles, incluidas las matanzas incontroladas que hicieron de esos animales. Se trata del viaje del capitán de la armada española Francisco Sánchez Chamuscado, quien se autoproclamó el jefe militar de esa aventura, que había sido otorgada al franciscano Agustín Rodríguez con objeto de evangelizar a los indios.²⁰

Según narró el notario Hernán Gallegos buscaron a las “vacas”, primero sin éxito, hasta que, a dos días de camino, en un llano, hallaron “el mejor ojo de agua que hay en la Nueva España” y en su torno, a “montones de manadas de más de quinientas reses y toros”. Al relator le parecieron de igual tamaño que las vacas europeas que ya crecían en tierras novohispanas y su carne tan delicada y sabrosa. En su descripción de las “vacas”, además de decir todo lo que ya se

¹⁹ Bernal Díaz del Castillo, *Verdadera historia de los sucesos de la conquista de la Nueva España*, en *Biblioteca de autores españoles*, Madrid, Atlas, 1946, t. II, p. 294. La primera edición de esta obra fue en 1632.

²⁰ Zephyrin Englehardt, OFM, “El yllustre Señor Xamuscado”, *Southwestern Historical Quarterly*, n. 29, abril de 1926, p. 296-300.

había dicho, destaca un asunto: que cuando corrían lo hacían al modo de los “puercos”.²¹ Se enorgullecía de la facilidad con la que mataban a las “reses” a tiro de sus arcabuces, e informó que tan sólo en esa ocasión ejecutaron cerca de 40. Observó asimismo que en ciertas épocas del año los “toros” se apartaban de las “vacas” y hubo día que vieron “de tres mil toros arriba”, de los que alabó su lana y sus cueros como los mejores.²²



Cerca de 1595 Antonio Ruiz escribió una de las más fantasiosas relaciones sobre Cíbola. Siguiendo la costumbre, y de seguro persuadido de su importancia, tuvo entonces que mencionar a los “ganados”, esta vez en relación con los nómadas querechos, a quienes nombró como los “señores de las vacas que llaman ciboleñas”.²³

Ocupan su puesto en la historiografía novohispana

Se debe a la pluma de Baltasar Obregón la primera relación criolla de la historia de las conquistas españolas del Septentrión. En 1584 puso punto final a un manuscrito que envió ese año al Consejo de Indias con objeto de que se le reconocieran méritos por haber participado en las conquistas de California, Nueva Vizcaya, y Sinaloa. En su texto no se limitó a hablar sólo de las expediciones en las que estuvo presente, ni tampoco se trata de una historia donde pesen más las exploraciones a Nueva Vizcaya de Francisco de Ibarra –del que fue cronista oficial– ni la del capitán Pedro de Montoya a Sinaloa en la cual formó parte.

Obregón nos legó su propia versión sobre las “vacas”, dependiendo del episodio que narraba y de la región donde este ocurría.

²¹ “Entrada que hizo en Nuevo México Francisco Sánchez Chamuscado en junio de 1581” (escrita por Hernán Gallegos), Archivo General de Indias (en adelante AGI), *Patronato* 22, R 4 (3), p. 13 a 15.

²² *Ibid.*

²³ Archivo General de la Nación (en adelante AGN), *Historia*, v. 316, “Relación de Antonio Ruiz”, ca. 1595.

Así, dijo que la gente de Cíbola “gozaba de la gran suma de vacas lanudas”, además de sus recuas de perros. Su visión de los “llanos de las vacas”, en tiempos de Vázquez de Coronado, es que esas tierras eran tan dilatadas y sin señal alguna –cerros, lomas o sierras– que hacía falta “una aguja de marear” para poder regresar de ellas con vida. A las innumerables “vacas” las describió de pequeña estatura, gruesas de cuero y carne, a diferencia de los “toros”, que, dijo, eran de mayor tamaño, “de gran cerviguillo, cabeza y pecho”. Los delineó como animales barbados y lanudos, con los cuernos gruesos y negros, con los ojos grandes, con un modo de correr como “verracos”, y como más feroces que sus parientes españoles. Según él, ese “ganado” se distribuía en más de 600 leguas, desde la Florida hasta los llanos, pero remarcó que habría que contar también todo el que no se había visto, descubierto, o averiguado, “en los lados, longitud y provincias” que estaban por descubrir.²⁴

Junto con Francisco de Ibarra y sus soldados, Baltasar Obregón tuvo la suerte de conocer la despoblada ciudad de Paquimé, cuyos edificios le parecieron “fundados de antiguos romanos” y dijo que era “admiración de ver”, aunque la mayor parte de las casas estuvieran caídas o gastadas por las aguas. Llamó su atención encontrar por todas partes “rastros de las vacas” –cueros, huesos y “fresca”– y a gente advenediza viviendo en las afueras, vestidos con faldellines de cuero adobado de “vacas” y venados.²⁵

Hizo una descripción más detallada de “vacas, terneras y toros”, definiendo a estos últimos como animales grandes y “disformes”, con “una notable y feroz cabeza”. Además de decir que eran pelados, corcovados y que corrían mucho y “como puercos”,²⁶ calculó que tendrían un poco más de 40 arrobas de carne sana, gorda y sabrosa, y una lana y un cuero que podrían servir para muchas cosas, entre otras, para confeccionar prendas de vestir y calzado.²⁷

²⁴ Baltasar Obregón, *Historia de los descubrimientos antiguos y modernos de la Nueva España*, México, Porrúa, 1988, p. 14 y 22. El manuscrito, terminado en 1584, fue editado por primera vez en México en 1928. Forma parte de una numerosa cantidad de crónicas e informes que la corona decidió no publicar ni dar a conocer para que otros países no se interesaran por sus tierras conquistadas.

²⁵ *Ibid.*, p. 185-186.

²⁶ Esto último lo había dicho el notario de esa expedición Hernán Gallegos a quien, probablemente, leyó Baltasar Obregón.

²⁷ *Ibid.*, p. 274.



Otro criollo novohispano, Juan Suárez de Peralta, escribía hacia 1589 un *Tratado del descubrimiento de las Indias* en el que, necesariamente, tuvo que aludir al virrey Antonio de Mendoza y a cómo éste “hizo la armada para las Siete Ciudades”. Este autor, que escribió cuando vivía en España, era de la opinión que fray Marcos de Niza había dicho la verdad en todo lo que contó y que en aquella tierra “hay los montes que él dijo y ganados, especialmente de vacas”. Llegó a conocer algunos cueros de éstas y sacó entonces la conclusión de que no eran como las vacas españolas. Engrosó la lista de los que imaginaron un animal fantástico, ya que al describir “sus pescuezos y su frente llenos de lana”, dijo que “parecían leones coronados”, con unos cuernos pequeños del tamaño de un palmo, tan agudos como “alesnas” (agujas de zapatero) y, en general, escribió que eran “chiquitos”, “bravos” y “muchos en cantidad”.²⁸

Nuevo México o el afán de poseer a sus “ganados”

El siglo XVI concluyó su último decenio con varias expediciones –unas más importantes que otras– al territorio que magnificó Marcos de Niza sesenta y tantos años antes y del que no se perdía la esperanza de conquistarlo, e individualmente de lograr cualquier tipo de fortuna. Las “vacas” seguirán siendo protagonistas fundamentales de los informes y los relatos que, en muchos sentidos, despertaron el interés de la corona española por esos “ganados”.

Entre 1590 y 1591 tuvo lugar la exploración ilegal del portugués Gaspar Castaño de Sosa a Nuevo México quien con 170 personas y un guía nativo llegó al pueblo de Pecos, e incluso un poco más al norte, donde estableció su autoridad. En un diario que redactó en su periplo en vez de usar las palabras “vaca” o “toro”, se refirió a esos animales como “cívolas”, nombre que se irá imponiendo en el imaginario de europeos y de americanos de raíz hispana y que siguió vigente por más de doscientos años.

²⁸ Juan Suárez de Peralta, *Tratado del descubrimiento de las Indias*, México, Secretaría de Educación Pública, 1949, p. 85. No se editó en vida de su autor. El manuscrito fue descubierto en el siglo XIX y publicado por primera vez en Zaragoza en 1878.



La centuria se cerró con la expedición del criollo novohispano Juan de Oñate, que obtuvo la capitulación de la corona para colonizar el Septentrión, además de Texas. A partir de esa experiencia colonizadora se nombrará reino de Nuevo México a parte de esa vasta región. Un grupo de españoles se dedicó expresamente a buscar a las “vacas”, que encontraron en tal abundancia, abasteciéndolos de carne, que les hizo abrigar la idea de juntarlas en grandes corrales.

De eso habla, entre otras cosas, el sargento mayor Vicente Zaldívar Mendoza, en un informe que se llama precisamente “Relación de las jornadas de las vacas de Zíbola”, que está fechado el 15 de diciembre de 1598 después de haber andado 54 días fuera del “real”.²⁹ Igual que sus antecesores fueron encontrando a “las vacas” poco a poco. Siguieron su marcha varios días hasta que tuvieron a la vista enormes cantidades de “ganado” y en un trayecto de 14 leguas, “hallaron y mataron mucha suma de vacas”. Por allá encontraron el lugar donde a lo largo de tres días hicieron un encerradero gigantesco pensado para unas 10 000 “reses”, usando para ello grandes trozos de álamos. Sus sueños ganaderos se alimentaban, según escribió Zaldívar, con el dato de que en aquél paraje había mucho más ganado que en tres estancias juntas de las más “populosas” de la Nueva España.

En un llano habían visto “como cien mil reses”, que empezaron a aventar “muy bien” hacia el corral, aunque la gloria les duró muy poco, porque, de improviso, la manada tomó el camino de regreso con gran furia, arrollando a su paso lo que hubiera. Intentaron después mil maneras de encerrarlos y de “hacer rodeo”, pero fracasaron, perdiendo totalmente tres caballos y curando las heridas a otros cuarenta, cuyas carnes habían sido rasgadas por los cuernos afilados de esas “reses”, que atacaban de lado bajando mucho la cabeza y que, en definitiva, fueron calificadas por Zaldívar como “notablemente cimarronas y feroces”.

Se contentaron con matar a muchas y con almacenar 80 arrobas de manteca, conoedor el sargento de que ésta era mucho mejor que

²⁹ Vicente Zaldívar Mendoza, “Relación de las jornadas de las vacas de Zíbola”, AGI, *Patronato* 22 R 13 (9) fojas 25 a 33. Para Zaldívar el pueblo de “Zíbola” era el que llamaban allá “de Zuñi”.

la de puerco, así como lo ventajosa que resultaba la carne de los “toros” sobre las de las vacas españolas. Olvidados de transportar el “ganado mayor”, pensaron entonces en mover a las “terneras”, ya fuera con las manos atadas, o sobre los caballos, pero ninguna llegó viva. Concluyó nuestro protoganadero, que sólo las recién nacidas “y en la querencia de más vacas”, tal vez se podrían trasladar, asunto que ya no intentaron por entonces, aunque nunca dejaron de pensar que algún día lo lograrían, cuando encontraran la manera de amansarlas. “Las vacas”, en general, le parecían mayores que el ganado vacuno, con una “colilla como de puerco”, con algunas cerdas en su punta que retorcían hacia arriba al correr. Los calificó también como animales “derrengados”, de color negro algo leonado “y a partes retinto el pelo”, y recalcó, en varias ocasiones, que sin duda eran animales feroces.³⁰

¿Merced de Dios o del Diablo?

Varios asuntos preocuparon entonces a los funcionarios del Consejo de Indias. Por un lado la viabilidad de la posible explotación de esos ganados y por otro la opinión de los que pensaban que se trataba de animales horripilantes. Para dilucidar ambas pidieron varias noticias e interrogaron a testigos que estuvieron presentes en la expedición comandada por Oñate y durante la estancia de éste en esas tierras, al que además se investigaba por sus excesos y crueldades. Fue enviado en 1601 al reino de Nuevo México el factor Francisco Valverde de Mercado, quien rindió personalmente su informe al Consejo de Indias al año siguiente, en el que ocuparon importante sitio las enigmáticas “vacas”. El escribano que tomó nota de ese testimonio le puso por título “Modo y hechura del monstruoso ganado de Cíbola”, porque, para don Francisco, se trataba de animales anómalos.

La primera vez que le inquirieron por qué nombraba así a esas “vacas”, dijo que su mucha lana no permitía verles los ojos. Mencionó, asimismo, sus cuernos “negros como azabache”, muy puntiagudos, y la forma como torcían la cabeza para atacar. Se impresionó con sus barbas “largas como cabrones”; con sus vedijas de lana que

³⁰ Ver el capítulo “La representación europea del bisonte americano”, donde Zaldívar ofrece un dibujo de una “vaca” y se refiere con mucha simpatía a lo que considera su fealdad.

les colgaban de las rodillas; con sus colas “como de puercos en cuyas puntas tenían cerdas”, y con el hecho de que las “vacas” no eran ni de ubres ni de barrigas tan grandes como las vacunas. Al mismo tiempo, agregó que su lana era buena y blanda, su manteca abundante, y que eran ligeras “casi tanto como venados”, costándoles a los españoles mucho trabajo matarlas, porque “no aguardaban”, mientras que para los indios no había dificultad, “flechándolas de ordinario”.

Estaba admirado porque adonde quiera que caminaban el ganado casi cubría la tierra, pero igualmente asombrado con el paisaje llano y el entorno natural en el que las manadas pastaban. Remató su informe insistiendo en la gran cantidad de ganado, “cuyo número es tanto, que no se puede numerar” y en el hecho de que era “monstruoso en su forma”. Esto último motivó de nuevo el cuestionamiento exigente de que dijera cuál era esa forma monstruosa, a lo que repitió una vez más todo lo que había dicho, añadiendo que al vaquearlas les costaba la vida a sus caballos, y el dato, que seguramente contribuyó a desazonar a sus oyentes, de que nunca se les oyó bramar sino “gruñir como piara de puercos”.³¹

“Vacas lanudas y corcovadas” en la épica de la conquista

Con respecto a Oñate, este tuvo que responder a las acusaciones que le hicieron perdiendo, a la postre, su autoridad en Nuevo México. Terminó sus días en España, intentando rescatar su nombre y su honor, muy lejos del paraíso de “los ganados” y de todas “las cosas y grandezas”³² del territorio conquistado para Su Majestad. Sin embargo, pasaría pronto a la historia gracias al poema épico sobre Nuevo México y su conquista que escribió el hispano Gaspar de Villagrà, a quien Oñate había nombrado procurador general de la armada y capitán de los hombres que tomaron parte en la segunda expedición a ese reino.³³ Don Gaspar contaba con un título de Bachiller en Letras

³¹ “Información sobre el descubrimiento de Oñate por el Factor Francisco Valverde de Mercado”, 1602, en AGI, *Patronato* 22 R 4 (8).

³² “Relación de Juan de Oñate”, AGI, *Patronato* 22 R 13 (2).

³³ Fanny R. Bandelier, “Two spanish petitions concerning noted authors of the New World of the early seventeenth century”, *The Hispanic American Historical Review*, v. 2, n. 3, 1919, p. 447-453.

por la Universidad de Salamanca, antes de dedicarse al servicio de las armas, y en su largo poema no pudo dejar de referirse a la magnitud del número de “vacas” que poblaban los llanos, al fallido intento de meterlas en corrales, a los indios que se sustentaban con ellas (a los que llamó “vaqueros que mataban a pie a estas mismas vacas”), a la suavidad de las pieles, que comparó con el “lienzo o la fina holandá”, y al reconocimiento, sin temores, de su figura y de sus bondades. De esta forma describió a las huestes de Oñate enfrentadas a la mayor hueste que jamás hubieran imaginado:

...Con esto todos juntos se metieron,
Los llanos más adentro, y encontraron,
Tanta suma y grandeza de ganados,
Que fue cosa espantosa imaginarlos,
Son del cuerpo que toros Castellanos,
Lanudos por extremo, corcovados,
De regalada carne y negros cuernos,
Lindísima manteca y rico sebo,
Y como los chivatos tienen barbas,
Y son a una mano tan ligeros,
Que corren mucho más que los venados,
Y andan en atajos tanta suma,
Que veynte y treynta mil cabezas juntas,
Se hallan ordinarias muchas vezes,
Y gozan de unos llanos tan tendidos,
Que por seyscientas y ochocientas leguas,
Un sosegado mar parece todo...³⁴

³⁴ Gaspar de Villagrá, *Historia de Nuevo México*, en *Historia* 16, Madrid, 1989, publicada por primera vez en 1610.

